

LOS ESTUDIOS DE LINGÜÍSTICA HISTÓRICA ANDINA

Rodolfo Cerrón-Palomino^a y Peter Kaulicke^b

Los estudios de lingüística diacrónica relativos a las lenguas indígenas sudamericanas solo se iniciaron en la década de los sesenta del siglo pasado. Ello es cierto, en efecto, no solo para las lenguas andinas sino también para las amazónicas. En lo que respecta al área andina, los estudios de reconstrucción y clasificación de las llamadas «lenguas mayores» o «generales» del antiguo Perú se inauguraron con los trabajos de Parker (1963) y Torero (1964) para el quechua, y el de Hardman de Bautista (1975 [1966]) para el aimara. Por lo que toca a la «tercera lengua general», es decir el puquina, confundida hasta entonces con el uro, habría que aguardar hasta la década siguiente para su respectivo deslinde (Torero 1970). Por último, en relación con las otras lenguas andinas, en particular las de la costa norte, en especial el mochica, y de la sierra norteña, concretamente el culle, hubo que esperar hasta la década de los ochenta para contar con estudios igualmente novedosos y propiamente lingüísticos.

De las dos maneras de hacer lingüística diacrónica —lingüística histórica e historia de la lengua—, según lo señalaba Yakov Malkiel (1953), aunque pensando en la lingüística románica, hay que señalar que los estudiosos mencionados comenzaron con sus propuestas iniciales atendiendo, de manera prioritaria, al aspecto «interno» de la evolución idiomática, si bien pronto sintieron la necesidad de tocar los aspectos «externos» de la misma, es decir su contextualización sociocultural. De esta manera, los iniciadores de la lingüística andina contemporánea se esforzaron por proponer correlaciones histórico-sociales y arqueológicas que enmarcaran el trabajo comparativo y reconstructivo realizado con anterioridad. Dicho esfuerzo de contextualización obligó, naturalmente, al lingüista a tocar las puertas de otras disciplinas, ajenas a su especialidad, en busca de información pertinente para el apoyo de sus hipótesis. La misma actitud debía esperarse, a su turno, de parte de los historiadores y arqueólogos del área andina en sus esfuerzos de comprensión del pasado prehistórico, y, sin embargo, lo que se constató fue que, salvo muy pocas excepciones, tales especialistas optaron por permanecer indiferentes a los aportes de sus colegas lingüistas en materia de prehistoria andina y, lo que es peor, pareciera que prefieren seguir operando con conocimientos y saberes propios de la etapa precientífica de la disciplina glotológica. Dicha práctica no deja de sorprender si recordamos que el enfoque interdisciplinario no les era ajeno a los pioneros de la historia y la arqueología andinas de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, como lo prueban los trabajos pioneros de Tschudi, Markham, Middendorf, Riva-Agüero, Jijón y Caamaño y Uhle. No obstante que el desarrollo de la lingüística histórica y la arqueología como disciplinas más rigurosas, con métodos y procedimientos de estudio que requieren una mayor especialización, puede explicar, en cierta medida, el ejercicio académico solipsista a espaldas la una de la otra, no es necesario recalcar que en tanto que el objetivo común a ambas especialidades es el estudio de las sociedades del pasado, la necesidad de unir esfuerzos allí donde una de ellas puede ayudar a esclarecer los temas tratados por la otra, apoyándose mutuamente, y poniéndose al día en cuanto a sus postulaciones más recientes, no necesita mayor justificación.

Por lo que respecta a los estudios lingüísticos iniciados en la década de los sesenta del siglo pasado, y que constituyeron una verdadera revolución en el desarrollo de la lingüística histórica andina, hay que

^a Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades.
Dirección postal: av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú.
Correo electrónico: rcerron@pucp.edu.pe

^b Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades.
Dirección postal: av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú.
Correo electrónico: pkaulic@pucp.edu.pe

señalar que fueron el resultado del trabajo en gran escala realizado con las variedades dialectales distintas a las tenidas hasta entonces por modélicas: el quechua del Cuzco y el aimara de La Paz. Gracias a ellos, se echaron por tierra ciertas falacias consagradas en torno a dichas lenguas desde tiempos coloniales. Las más difundidas, persistentes aún en los medios no académicos o ajenos a la especialidad, consistían en asumir, para el quechua: a) un origen cuzqueño; b) su asignación como lengua primordial de los incas, y c) su difusión en dirección noroeste propugnada por tales gobernantes; y, para el aimara, a) un emplazamiento inicial en el altiplano; b) su asignación como lengua materna a la sociedad tiahuaquense, y c) su difusión, en este caso también en dirección noroeste. De acuerdo con los estudios de lingüística andina, tales supuestos venían a replantearse de manera drástica, comenzando por el reconocimiento del quechua y del aimara como familias idiomáticas y no como meras lenguas identificadas exclusivamente con las variedades modélicas mencionadas, en los siguientes términos: a) el origen centroandino de ambas familias de lenguas; b) el descarte de su asociación con los incas en el caso del quechua y la de los tiahuaquenses con el aimara, y c) una vez deslindados el uro y el puquina, la asignación de esta última entidad idiomática a la civilización lacustre. En cuanto a los emplazamientos originales del quechua y del aimara, se postularon inicialmente la costa central (en torno a Lima) para la primera lengua y la costa centro-sureña (Nazca) para la segunda. A partir de tales focos de procedencia habrían comenzado a proyectarse, en distintas fases expansivas, primeramente el aimara en dirección sureste, y luego el quechua, en un inicio hacia la sierra central, y posteriormente en una doble dirección hacia el norte y hacia el sur, desplazando al aimara a regiones australes. El puquina, a su turno, lengua de procedencia altiplánica al igual que el uro, habría sido desplazado por las incursiones sucesivas en dirección sureste por el aimara en primer lugar y por el quechua después. Dentro de dicho cuadro interpretativo, apenas esbozado, la difusión del aimara en dirección sureste fue asociada con la expansión de la sociedad huari, mientras que la del quechua, mucho más amplia y en distintas direcciones, aparte de la responsable de su avance hasta el Cuzco impulsada por chinchas y chancas, resultaba difícil de comprender, como sigue siéndolo hasta ahora, asumiéndose implícitamente la intervención de agentes difusores desconocidos. Tal ha sido, en líneas generales, el estado de la cuestión en materia de lingüística histórica andina hasta hace poco.

Si bien fueron surgiendo insatisfacciones aisladas respecto de algunos de los planteamientos señalados, ellas no fueron de tanta monta como para poner en cuestión las bases fundamentales del modelo establecido. Sin embargo, en los últimos años, la situación ha cambiado de manera drástica como producto de los debates llevados a cabo en los coloquios de naturaleza multidisciplinaria recientemente organizados, primero en Cambridge (2008) y luego en Lima (2009). En efecto, tales convocatorias, arregladas con la finalidad específica de reflexionar sobre el pasado prehispánico andino con la participación de lingüistas, arqueólogos, historiadores, e incluso genetistas, tuvieron la virtud de estimular la reflexión y el intercambio de ideas en torno a la historia de las lenguas y los pueblos andinos, buscando, en lo posible, establecer puntos de consenso en temas centrales y comunes tratados por los especialistas, y llegando, como resultado de tales esfuerzos, a la propuesta de nuevas alternativas de interpretación que obligan a la revisión del cuadro interpretativo del desarrollo y evolución de la realidad lingüística y de sus correlaciones socioculturales esbozado previamente, tal como puede apreciarse en las contribuciones del presente volumen.

Algunos de tales trabajos, y para referirnos solo a las «lenguas mayores», se inscriben, precisamente, dentro de los planteamientos revisionistas mencionados. Así, los cuestionamientos más radicales inciden sobre los aspectos geográficos, cronológicos y motores relativos a la historia de las lenguas y de los pueblos prehispánicos. De esta manera, por ejemplo: a) en relación con los emplazamientos iniciales postulados para el quechua y el aimara, se proponen la región ayacuchana para el primero (véanse los aportes de Adelaar y de Beresford-Jones y Heggarty) y la sierra centro-norteña para el segundo (Beresford-Jones y Heggarty, este número); y b) en cuanto a las fuerzas que impulsaron (*driving forces*) tales lenguas en su expansión, se invocan, respectivamente, el prestigio cultural y religioso de Chavín para el aimara y el poderío estatal de Huari para el quechua (*cf.* Beresford-Jones y Heggarty así como Heggarty y Beresford-Jones, este número). Dentro de esta misma tendencia, aunque con algunos matices de carácter menos drástico, y esta vez referida solo al quechua, están los replanteamientos de Adelaar con una contribución en relación con el carácter bilingüe del Estado huari (aimara-quechua) y de la procedencia ayacuchana del quechua cajamarquino.

Conviene señalar, sin embargo, que no todos los temas contenidos en este número del *Boletín* tienen el carácter revisionista caracterizado antes, pues en él se abordan también tópicos, si bien siempre asumidos, nunca antes encarados de manera frontal como, por ejemplo el asunto de la convergencia estructural quechua-aimara, para el cual se ensayan modelos (véanse artículos de Adelaar y Cerrón-Palomino) que buscan explicar de manera comprensiva el problema mencionado. De otro lado, un tema no menos importante a destacarse en las contribuciones del presente volumen es la pesquisa onomástica, sobre todo allí donde la documentación lingüística propiamente dicha es fragmentaria, cuando no escasa o, incluso, nula. En efecto, gracias a la información proveniente de la onomástica, la tesis del puquina como lengua primordial de los ancestros de los incas (su «lengua particular») adquiere mayor peso (véanse contribuciones de Bouysson-Bespe y Cerrón-Palomino); pero, también en virtud de ella, entendemos mejor la cronología y los territorios ocupados por las lenguas que precedieron al quechua en la sierra norteña (Andrade), a la par que puede descartarse la asociación sugerida entre la cultura Recuay y la lengua culle (Lau).

Naturalmente, dejando de lado los puntos consensuales alcanzados dentro de la lingüística andina (señalados en los puntos a-c en párrafos anteriores), y que nadie pone ya en tela de juicio, los replanteamientos formulados de manera reciente, sin duda controversiales en muchos casos, constituyen propuestas a ser discutidas y evaluadas en adelante, desde el momento en que todas ellas, sin excepción, presentan aspectos no menos importantes, por ahora apenas insinuados o simplemente asumidos, y que obviamente requieren mayor atención y desarrollo. En tal sentido, aun cuando todavía se está lejos de encontrar nuevos consensos sobre temas como los comentados antes, el diálogo iniciado entre los especialistas de las disciplinas convocadas, hasta hace poco impensable, viene dando sus frutos, señalando nuevas rutas de indagación, como puede palpase en las contribuciones de este volumen.

Por lo que respecta a los trabajos de los arqueólogos que han aportado a la temática común, es conveniente iniciar esta presentación con los tres trabajos de los estudiosos ingleses que enfatizan enfoques interdisciplinarios. Estos son encabezados por Colin Renfrew quien, desde la década de los setenta del siglo pasado, se esforzó por incluir problemas de expansiones de lenguas en enfoques prehistóricos, combinándolos, más adelante, con la genética en lo que llama *emergent synthesis*, con la expresa pretensión de su aplicabilidad global. En su contribución se concentra en la problemática de la sustitución de lenguas. Por su parte, Paul Heggarty (lingüista) y David Beresford-Jones (arqueólogo) se empeñan en aplicar sus hipótesis a los Andes centrales en dos artículos enfocados en su modelo de expansiones de las familias quechua y aimara durante dos horizontes arqueológicos: el aimara como lengua expansiva durante el Horizonte Temprano (Chavín) y el quechua durante el Horizonte Medio (Huari).

Este modelo se discute en varios de los trabajos de este número. En cuanto a Chavín solo se cuenta con una contribución, la de Kaulicke, ya que la otra presentada en el VII Simposio Internacional de Arqueología PUCP, de Richard Burger, no pudo incluirse. Este último sustenta, en buena cuenta, el modelo de Heggarty y Beresford-Jones, mientras que Kaulicke trata de definir esferas de interacción que se combinan con tradiciones de objetos transportables y arquitectónicas que se concentran en áreas geográficas sobre tiempos a veces considerables y con dinámicas e intensidades de diferentes tipos de interacción que pueden incluir expansiones de lenguas. Ya que la costa norte muestra una notable «permanencia» de características materiales que parecen iniciarse hace más de cuatro milenios atrás, no hay mayor razón para involucrar al aimara o al quechua en esta longeva historia, sino quizá remitirnos a un pre-protomochica. Por lo tanto, el panorama lingüístico probablemente es complejo, sin que el sitio de Chavín de Huántar deba entenderse como motor de difusión de las dos primeras lenguas mencionadas. De manera evidente, falta mucho para llegar a una caracterización confiable del Formativo sobre todo en cuanto a la asignación del panorama lingüístico de la época, por lo que parece estar «condenado» a especulaciones difíciles de comprobar debido a su lejanía en el tiempo.

Para el Horizonte Medio (u Horizonte Huari en el sentido de Isbell) las contribuciones son más frecuentes ya que los tratan el mismo Isbell, Watanabe, Lau y Lane, estos últimos de manera parcial. William Isbell es uno de los pocos arqueólogos «andinos» que se ha ocupado del problema de la relación lengua-cultura material, más o menos al mismo tiempo que Renfrew y un poco más tarde que Lathrap (1970), cuya obra *Upper Amazon* planteó una dispersión de idiomas en la Amazonía que goza aún de mucha popularidad entre los arqueólogos especializados (cf. Neves 2007). Isbell sostiene que Huari fue la cultura

responsable de la expansión del protoquechua y, en el sur, del quechua IIC dentro del marco de sus políticas imperiales. El control sobre la parte norte, en cambio, fue menos duradero y directo, pero dicho autor termina su trabajo con una lista importante de preguntas por resolver. Lamentablemente, las otras contribuciones referidas se limitan al área norteña, mientras que el centro y el sur no cuentan con trabajos correspondientes en el presente número.

George Lau es el único que incluye en su discusión el Período Intermedio Temprano de la región de Áncash. Destaca su carácter multiétnico con la presencia de lenguas como el quingnam, el mochica, el quechua, el aimara, el culle y, probablemente, otras no conocidas. En cuanto a la presencia de Huari, duda de la existencia de una política coercitiva pese los materiales y asentamientos relacionados con dicha cultura. Lau tiende a atribuirlos a intercambios de elites —que incluyeron contactos con otras zonas también— y las interpreta como intermediarios de lenguas. Particularmente interesante es su presentación del «problema» culle, con topónimos respectivos que se concentran en la provincia de Pallasca, donde aparecen arquitectura circular y cabezas-clava de características naturalistas en un ámbito cultural recuay, pero todo lo demás parece estar ligado con el quechua. A semejanza de Isbell, está consciente de muchas lagunas que impiden aún acercamientos más sólidos al problema de la interrelación de lenguas y la presencia material prehispánica en la sierra de Áncash, y sus conexiones con áreas tanto cercanas como más distantes.

Kevin Lane presenta un aspecto diferente para la misma zona: la relevancia del agropastoralismo en la difusión de lenguas. Este se desarrolla durante el Horizonte Medio —o, probablemente, aún antes— y se acentúa hasta la llegada de los españoles en el siglo XVI. Trata de la conocida relación entre los quechuahablantes agricultores huari y los pastores llacuaz, la que puede implicar movimientos poblacionales de costa a sierra con lo que le da otra faceta a lo propuesto por Lau. Los llacuaz se caracterizan por una cerámica sencilla y de amplia distribución. Además especula, de acuerdo con algunos lingüistas, una masiva presencia culle que ocurre después del Período Formativo y que habría estado relacionada con la cultura Recuay. Así, los pastores habrían sido los responsables de la dispersión del quechua después del colapso de Huari.

Shinya Watanabe se ocupa de la región de Cajamarca sobre la base de sus excavaciones en el sitio de El Palacio. El volumen de arquitectura y el material procedente de contextos funerarios huari comparado con el de una mayoría de objetos de estilos locales o regionales (cultura Cajamarca) sugiere que la población era, también, local en mayor medida. La cerámica mantuvo los rasgos propios que tenía ya antes de la presencia de los elementos huari y los conservó después de su desaparición. A partir de este rasgo, el autor infiere que los productores eran hablantes de una desconocida lengua autóctona.

Con todo ello se observa que existe un cierto consenso en la apreciación del panorama lingüístico durante el Horizonte Medio en la zona norte, aunque se percibe que los desarrollos anteriores, en el Período Intermedio Temprano, no se caracterizaron por una fragmentación social, en contraste con la supuesta homogeneización del Horizonte Medio —que, al parecer, no se dio ahí—, sino, al contrario, por medio de interacciones importantes entre la costa y la sierra y contactos intervale en la sierra, a veces a lo largo de distancias notables.

Resta presentar dos contribuciones, de carácter más general. Krzysztof Makowski esboza un panorama complicado con una ambiciosa confrontación de dos modelos lingüísticos del Viejo Mundo: la dispersión de las lenguas indogermánicas frente a las lenguas semíticas, y se decide por la mayor utilidad de la segunda para comprender la situación lingüística preeuropea de los Andes centrales. Al parecer, se opone a la presencia de horizontes y especula sobre fronteras compartidas en la *longue durée*.

Por su parte, Tom Dillehay opta por una posición crítica que se presta bien para concluir la presentación de los aportes de todos los autores del presente número. Las premisas, métodos y teorías aplicados en la lingüística histórica y en la arqueología no se corresponden tanto como para poder «nutrirse» mutuamente sin el peligro de incurrir en argumentos circulares. De ahí que es preciso criticar sus bases, que postulan mecanismos de expansión de lenguas y de rasgos de cultura material así como sus factores causantes. De esta manera, puede haber una correspondencia entre ambos, pero esta no tiene un carácter obligatorio. Evidentemente, una migración no puede ser el único mecanismo para la dispersión de las lenguas o la cultura material (en el sentido del dudoso concepto de etnicidad). Asimismo, el postulado que presenta al maíz como (¿único?) indicador de una agricultura que podría haber causado dispersiones lingüísticas no parece funcionar en los Andes; en todo caso, dicho cultivo habría aparecido al interior de

una amplia gama de estrategias económicas. Como se ha visto en referencia al trabajo de Lane, el agropastoralismo probablemente era mucho más importante que lo que se ha aceptado por lo general. También deben contemplarse otras opciones, como la pesca y la caza. Dillehay, por lo tanto, opta por transmisiones culturales y aprendizajes sociales como factores relevantes en la difusión del quechua y del aimara. Además, duda de la utilidad del concepto de «horizonte», que simplifica y centraliza en vez de tratar de abarcar la alta complejidad de diferencias regionales en un sentido sincrónico y diacrónico.

En resumen, el conjunto de los trabajos que contiene el presente número del *Boletín* constituye un paso importante y muy necesario hacia un renovado acercamiento entre la lingüística histórica y la arqueología. Si bien persisten dificultades en la interpretación de los datos, estas se deben, básicamente, a que ellos carecen aún de la solidez necesaria de parte de ambas disciplinas.

REFERENCIAS

Hardman de Bautista, M. J.

1975 El jaqaru, el kawki y el aymara, en: *Actas del Simposio de Montevideo*, Galache, 186-192, México, D.F. [1966]

Lathrap, D. W.

1970 *The Upper Amazon*, Ancient Peoples and Places, Thames and Hudson, London.

Malkiel, Y.

1953 Language History and Historical Linguistics, *Romance Philology* 7 (1), 65-76.

Neves, E. G.

2007 El Formativo que nunca terminó: la larga historia de estabilidad en las ocupaciones humanas de la Amazonía central, en: P. Kaulicke y T. D. Dillehay (eds.), Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica. Segunda parte, *Boletín de Arqueología PUCP* 11 (2006), 117-142.

Parker, G. J.

1963 La clasificación genética de los dialectos quechuas, *Revista del Museo Nacional* 32, 241-252.

Torero, A.

1964 Los dialectos quechuas, *Anales Científicos de la Universidad Agraria* 2 (4), 446-478.

1970 Lingüística e historia de la sociedad andina, *Anales Científicos de la Universidad Agraria* 8 (3-4), 231-264.